

# EL RUBÍ.

PERIÓDICO TRISTI-ALEGRE,

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

Este periódico se publica los días 15 y 30 de cada mes.

La redacción se halla establecida en la COMISION JENRAL DE LIBRERIA, calle de Granada, número 74.

**PRECIOS DE SUSCRICION.** En esta ciudad, **tres reales al mes**; pero no se admiten suscripciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, **doce reales por tres meses**, franco el porte.

No será atendida ninguna reclamacion que no se haga en carta franqueada.

## EL ALFANJE.



si como en cada planta halla el hombre una virtud, en cada mineral una accion, en cada animal una parte que en pro del jénero humano utilizarse puede; así como en cada país, en cada rejion varian las producciones, siendo inmenso su número, sus aplicaciones indefinidas, pero determinadas por su especial carácter, de la misma manera los productos del arte, los hijos de la industria varian en cada punto, habiéndolos comunes á una nacion, individuales de un pueblo: estos últimos merecen por ello ser entre todos preferidos, llevando para distinguirse el nombre de su cuna; este re-

nombre atraviesa los siglos, se perpetua en la tradición, y llega hasta nosotros precedido de la fábula, envuelto en el misterio, acompañado de lo maravilloso, seguido del interés.

En este caso se hallan, entre infinitos productos del genio de los pueblos, la púrpura de Tiro, el sehal de Cachemira, la espada de Toledo, el cuchillo de Birmingham, el puñal de Venecia, *el alfanje de Damasco*.

Este solo nombre evoca recuerdos, despierta historias, excita héroes, hacina acontecimientos, excita admiración y da al escritor campo para agrupar noticias dispersas, para crear un nuevo cuadro, en el que no tiene otro mérito que el de la composición, ni otra gloria que la de haber fijado por un momento la atención de un curioso, el capricho de una bella.

El alfanje, la graciosa cimitarra, es el arma de los pueblos del Oriente, de esos pueblos ricos en nombres armoniosos, en donde el aire eleva siempre á las regiones de la luz embriagantes aromas, en donde el suelo produce bajo las flores mas raras las piedras mas preciosas, en donde el oro da la ley de los quilates, en donde á una misma hora, en el momento en que el sol viene á alumbrar las doradas cúpulas de sus mezquitas, las sombrías paredes de sus serrallos, todos los creyentes dirijen sus miradas á un solo punto de la tierra, al centro de un inmenso círculo, á la Meka: pueblos en que solo sus hijos son señores, y todos los demás son sus esclavos; pueblos que guardan en sus desiertos las cenizas de otros cien, y que en su orgullo conservan como preciosos recuerdos con que atormentar la historia, con que alhagar su vanidad; porque cuentan entre sus bellezas las ruinas de Tiro y de Sidon, de Jerusalem y de Palmira, de Cesárea y de Joppe, de Babilonia y de Gaza.

El alfanje es el arma de los pueblos del Oriente: su cuchilla es el dogma de las creencias, la razon del Koran, la lógica de Mahoma. El alfanje es el adorno mas precioso de las tropas de los hijos de la media luna: por

eso tiene su figura, porque es la alegoría de su fé, el símbolo de su ley.

La línea curva es el tipo de las bellas formas: los hijos del Oriente no podían adoptar otra para sus arcos y sus cúpulas, sus jenuflecciones y sus saludos, sus turbantes y los muebles de su uso, los arneses de sus caballos y las piezas de sus vestidos, sus escudos y las finísimas hojas de sus encorvadas cimitarras. No les hubiera sido posible aceptar la línea recta, grave y severa, como la curva es ligera y dulce, suave y graciosa. La línea recta conviene mucho mejor á las costumbres graves y severas también de los hijos del Occidente: es el tipo de la enseña de sus creencias, representada en el Lábaro de Constantino, en el suplicio del hijo de María, en la sencilla Cruz: esta es la figura de la espada de los cristianos, graves y severos como la línea recta, que en todo prefieren á la curva.

La ligera cimitarra no se conformaría con las angulosas cimeras, con los escudos triangulares de los guerreros conducidos á la Palestina por las fervorosas proclamas de Pedro el hermitaño. Allí, en las áridas y areniscas llanuras de Tolemáida, donde apenas refresca el aire y calma el sol sus ardores en alguna deliciosa oasis, allí se cruzaron la línea recta y la curva, la espada y el alfanje, la cruz y la medialuna.

Y sí, después de una lucha pertinaz y sangrienta, los descendientes de Osmalí poseen aun los lugares en que se verificó la redención del mundo, en que se completó la grande revolución social, humanitaria, anunciada en las leyendas primitivas, detallada en el Antiguo Testamento, el alfanje huyó á su vez, avergonzado y confuso, ante la espada de cruz en las aguas de Lepanto. La espada de Toledo, esgrimida por el esforzado jóven don Juan de Austria, hizo saltar en mil pedazos de las manos de Alí, jeneral de la escuadra otomana, el alfanje de Damasco.

Damasco, una de la ciudades santas del Islamis-

mo, que ha merecido el renombre de El CIHAM—llave de la Persia—donde confluyen cada año cincuenta mil peregrinos para visitar en caravana la gran mezquita, el vaticano de Mahoma, la soberbia Moka: Damasco, la ciudad construida por Uz, biznieto de Noé y regada por los siete brazos del Barrady, que saliendo de ella por el Este se reunen en uno solo para perderse en el abismo de Bahr-el-merj—el mar del prado— ha sido el escudo de cien pueblos, la presa de cien conquistas, hasta que en 1401 fué destruida por los tártaros, cuyo alfanje solo concedió la vida á una familia por haber labrado un sepulcro á las cenizas de Alí, sucesor y yerno del profeta, y á algunos pocos armeros que enviaron á Samarcanda. En 1401 perdió la ciudad de las nueve puertas sus celebradas fábricas de alfanjes, conocidos en todos los ámbitos del mundo por el cognomento de damasquinos. Quédanos, sin embargo, la memoria de los procedimientos empleados por sus artífices para lograr ese temple casi fabuloso, que á través de los siglos escita la admiracion y continua despertando los celos de los cuchilleros de Birmingham y de Mr. Clouet, de París.

Las encorvadas hojas de las cimitarras de Damasco no ostentan esa superficie tersa y brillante, que ningun metal ha podido robar al acero; por el contrario, están sembradas de líneas y manchas oscuras, que les dan ese aspecto sombrío que conviene al mensajero de la muerte. Estas líneas son *paralelas*, como las del alfanje de Tamerlan, de *torsion*, como el de Saladino ó de *mosaico*, como el que ceñia Saulo, perseguidor de la Iglesia, herido por la vivísima luz en que venian envueltas las palabras del cielo. Aun ecisten á media milla de Damasco los restos de un santuario erijido en el mismo paraje para perpetuar la memoria de la conversion de san Pablo.

Estas últimas hojas son las mas apreciadas, y entre el confuso laberinto de sus *aguas* se dibujan mil caprichosas

figuras, de que los orientales deducen adivinanzas y augurios.

Templábanse las hojas de Damasco ó entre las finísimas arenas de las orillas del Kenovat, quinto ramal del Barrady, ó golpeando sobre la superficie de las aguas traídas del lago Tabarieh, llamado en otro tiempo el mar de Tiberiades ó de Galilea, ó esgrimiéndolas al aire con inconcebible rapidez. Á este efecto se reunian hasta mil jinetes, colocados en una sola línea, inmóviles como los yunques de sus fraguas, silenciosos como las arenas de sus desiertas llanuras. Al recibir las cuchillas, onrojecidas por el fuego, de las manos de sus mil diestros operarios, partian en grupos numerosos, iguales y compactos, y formando caprichosas evoluciones, ajitaban en el perfumado ambiente de la vertiente oriental del Líbano las candentes y encorvadas cimitarras, encargadas de sostener las doctrinas del Koran, de hacer respetar las palabras del profeta.

Frias ya las tajantes hojas, se sujetaban á la prueba, desestimándose ó quedando en último lugar las que solo cortaban de un golpe una gruesa barra de hierro. La mas preciada era proclamada la reina de las cimitarras: habia dividido en dos partes y de un solo golpe un cojin de lana de una vara de espesor, y el guerrero que la habia elevado á tanta altura era premiado con un caballo de raza árabe.

Las hojas de Damasco alcanzaron grande estima antes de 1401; pero desde aquella época, en que con su fábrica fueron sacrificados sus operarios, se buscan con avidez y son en mucho tenidas. El arqueólogo la cesibe con orgullo; los príncipes y los reyes se afanan por adquirirla á toda costa. Un granadero de la antigua guardia de Napoleon obtuvo una como buena presa en la batalla de las Pirámides, y la vendió en cinco mil francos al improvisado rey de Italia, cuya cabeza se conservaba en espíritu de vino en el palacio de las dos coronas de Sicilia, al infortunado Murat. Probablemente era la cimitarra de

Omar, llamado también Elfarouk—el divisor—porque dividió en dos partes á un musulman que se atrevió á reclamar contra una sentencia de Mahoma.

No siempre el alfanje damasquino ha empleado su finísimo y casi fabuloso corte contra la espada de cruz, contra la garganta de los cristianos; también ha ensayado su temple contra sí mismo en las rocas basálticas del promontorio de Colonna.

Hele allí, al descendiente de Phocion, al valiente heleno, al esforzado Ipsylanti, esgrimiendo con la rabia del esclavo el alfanje damasquino, que ciñe también el orgulloso siervo de los califas, el engreído musulman Hamza-Ben-Zaid. Á la dudosa claridad de la luna añaden su melancólico brillo las arjentadas chispas de las bien templadas cimitarras: la del primero defiende á la cruz roja de la Iglesia cismática, la del segundo á la ya no creciente media luna. El gorro y el turbante, la Biblia y el Koran, la libertad y el despotismo, representados en una misma arma, hacen repetir á los ecos de las montañas el rujido del leon, los roncós bramidos de la hiena.

Tras un corto intervalo todo queda en silencio: el turbante ha sucumbido, y el hijo de Zaid no repetirá ya más las palabras de oro del Koran: «No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta.» El defensor de la cruz roja apenas puede entonar un himno á la libertad de su patria, á la libertad suspirada de la Grecia, que muy pronto ha de esconderse avergonzada y confusa entre los florones de la corona de Oton.

ABEN-EL-BEITHAR.



## A LA VIRJEN DEL AMPARO.

### PLEGARIA.



Tus ojos son, Señora, la luz que me ilumina  
 en la espinosa senda que el mundo me mostró;  
 tu seductora imájen, faro que me encamina  
 á la mansion que en sueños mi mente deseó;  
 á la mansion do entonan alados querubines  
 al son de sus dorados y dulces bandolines  
 las glorias del que un mundo con su poder creó.  
 De aquel que dió á la aurora sus nítidos albores,  
 al sol su viva lumbre, al iris sus colores,  
 y en la llanura inmensa el cielo retrató.

—

Acoje la plegaria que eleva compunjida  
 la oveja estraviada que vuelve á su redil,  
 huyendo los azares de la engañosa vida,  
 hasta tu escelso trono de nácar y marfil.

—

Dame que llegue y á tus pies postrado,  
 de lágrimas cubierto el rostro pecador,  
 encuentre en tu mirada mi corazon llagado  
 el bálsamo benéfico que alivie mi dolor.  
 No me abandones en la postrer hora;  
 sé, Madre de piedad, con Dios mi intercesora;  
 cuando vele mis ojos el último estertor  
 distinga yo, Señora, la luz de la esperanza,  
 la ofrecida mansion de bienaventuranza  
 que con amor nos brindas al lado del Señor.

EL TIO CREPÚSCULO.

## EPISODIOS DE UN VIAJE DESDE ALICANTE A JIBRALTAR.

(Continuacion.)

Bien conocida es en Málaga la fonda de las Cuatro Naciones, por consiguiente me abstengo de describirla, diciendo tan solo á mis lectores que en ella me hospedé juntamente con mis amigos los Sres. M... y V..., mencionados en otro lugar.

Era el ocho de setiembre, día de la virgen de la Victoria, patrona de esta ciudad, y muy venerada por estos habitantes, tanto por los milagros que ha obrado en los fervorosos fieles, como por los magnánimos recuerdos que trae á la memoria el origen de su venida, debida á los Católicos reyes Fernando é Isabel. Escuso decir que el día era sereno y apacible, pues en setiembre y en un pueblo del que ha dicho un poeta al despedirse de él, en un periódico (1) que honró á esta ciudad,

Adios, Málaga hechicera,  
la de eterna primavera,  
la que baña dulce el mar  
entre jazmin y azahar,

no debe extrañarse que hiciera un tiempo hermoso, que convidara á salir á la calle á gozar de esa animacion que trae siempre consigo una fiesta de ciudad y una feria.

Toda la jente se encaminaba como en procesion hácia el barrio de la Victoria, ea cuya calle principal habia mil tiendas y mesitas ambulantes, llenas de variadas golosinas, de juguetes de plomo, de trompetillas de hoja de lata, de tambores, de escopetas de madera, de tios-vivos de carton, de figuritas de barro, de gallos, elefantes y bueyes de arcilla, segun el decir del que los vendia, y, en fin, todo lo que puede apetecer la inocente niñez y esa multitud de sencilla jente que vive admirándose siempre de todo lo que vé y riéndose á reventar de todo lo que oye, por mas trivial y vacío de sentido que sea. Dichosos seres!

En la placeta de la Victoria, al desembocar en ella, siguiendo á la derecha, y tambien torciendo á la izquierda, habia una porcion de chozas de jitanos, en cuyas puertas se veian anchas hornillas con enormes sartenes llenas de humeante aceite, y al lado gran barreño con blanquísima masa correosa y bien batida, de la que el diestro jitano tomaba á pellizcos con estremada lijereza y soltaba en la sarten, de la que salian sabrosos buñuelos, que la fama ha hecho tan célebres como los ricos vinos y frutas que tanta nombradía dan á este pais.

Largas y aseadas mesas de pino, rodeadas de escaños y defendidas del sol por rústica techumbre de estera, y de las miradas de los curiosos por blanquísimas sábanas, que el viento movia dulcemente, estaban llenas de jente golosa, que desocupaba uno tras otro platos de buñuelos, que el jitano servia con presteza, acompañando chistes y gracias tales, que solo á ellos se deben oír.

Agraciadas morenas de ojos negros, arrebolada tez, brazo redondo, mano pequeña y acabada, pecho turjente, cadera abultada, pelo abundante, entre-

(1) El Guadalhorce.

lizado con vistosas y aromadas flores, labios que al clavel disputan el color, aliento de rosas, pie que encanta, pierna que se adivina, y, en fin, todo lo que constituye la belleza andaluza, tan celebrada por los propios y extraños, se veía allí reunido para alegría de los alegres y pasatiempo de los tristes. Los bulliciosos andaluces vestían su airoso traje, compuesto de dolman con perifollos y alamares, pantalón bombacho listoneado en las costuras, bolín labrado, calañés sevillano, camisa bordada con chorrera, faja carmesí y larga y pintada porra en la mano. Aquel decir agudezas, cantar cañas y rondeñas, sonar tamboriles y trompetas, pitos de vidrio y sonajas, y el gritar los niños porque no les compraban la cucaña, ó mas turron, ó ave-llanas; el pregonar de los vendedores y el murmullo de la multitud, producía esa confusión y aturdimiento, que tanto nos agrada y tan á propósito es para que cobren ánimo los tímidos amantes que aman con ese amor respetuoso y profundo que se siente tan solo en los primeros años de nuestra vida.

La ancha y paralela calle de la Victoria estaba por ambos lados llena de bancos y sillas, que ocupaban indistintamente todas las clases de la sociedad. Allí el rico comerciante moderno estaba junto á la noble señora, tal vez último vástago de la antigua nobleza malagueña, el modesto artesano, el rico propietario, el industrioso ciudadano, todos estaban revueltos y alegres.

Eran también de notar las improvisadas horchaterías con sus muestras y letreros negros sobre estopilla blanca, escritos con la mayor intención especulativa, pues decían: «Helados de todas clases á 1 y 1/2 real el vaso», poniendo el uno de grandes dimensiones, para que todo el mundo lo viera, y el medio sumamente pequeño y muy junto al uno, de modo que casi nadie reparaba en él sino después de haberlo abonado por reclamación terminante del mozo.

Todas estas cosas y otras que no digo íbamos comentando mi amigo V... y yo, cuando de pronto, empujados por la mucha jente que había acudido ya á la feria, fuimos llevados en vilo cerca de una casa, en cuyo balcón había un grupo de lindas jóvenes, prendidas con elegancia y bellas como las mas hermosas. Al verlas mi amigo, perdió el color, su brazo, que enlazaba con el mio, tembló convulso, y sus labios trémulos barbotaron: «¡Aquí!..... ¡ella aquí!»

Desde luego comprendí que la casualidad me había deparado una escena novelesca, cuyo origen y desenlace no conocia ni podia preveer.

En esto se acercó á nosotros el brigadier M....., y V..... nos dijo:

—Dejadme solo; yo os buscaré luego.

Así lo hicimos, deseando saber las circunstancias de aquella peripecia, que tanto había conmovido á nuestro comun amigo.

La tarde declinaba ya, y los puestos de los vendedores principiaban á iluminarse con faroles, reberberos ó gigantescos belones de circo mecheros, que daban viva y abundante luz; las chozas eran alumbradas por enormes candilones de hierro y por la clarísima llama que despedían las hornillas; la jente iba y venia, el ruido crecía mas y mas, y las sombras, que en vano disiparan las luminarias, atraían á ciertas bellezas que á esa hora suelen ostentar mas lo estudiado de sus galas y lo insinuante de sus miradas.

—Adios, hermosa, dijo mi amigo á una de ellas.

—¡Puñalá con su mercé, y que corto es de pico! le contestó la interpelada.

—Pues aun no he principiado, linda morena.

—¡Ja! ja! ¡y cómo viene á remolque! Chica, entremos en la choza de la Larga, y así perderá el rumbo. Y, en efecto, así lo hicieron. Yo me quedé solo, esperando á V..... y entretenido en contemplar aquel espectáculo tan variado, aunque insulso para un viajero. Al fin, después de dar vueltas y mas

vueltas, encontré á mi amigo V... algo mas alegre y, al parecer, con esperanzas en el corazon, que hacian realizables sus deseos.

—Que hay, hombre? le dije yo.

—Nada, chico; una aventura, que me tiene loco de contento, y que ya te contaré luego. Pero ¿y M..... qué se ha hecho?

—Ha ido á penetrar los misterios de la *choza* de la *Larga*. Él vendrá, si nó tan alegre como tu, mas identificado con las aventuras de la jente crua y macarena.

—Ah, chico, y que feliz voy á ser! Si supieras!... Es un ánjel, una ondina, uno de esos seres que bajan del cielo para hacer nuestra felicidad. Me ama, me ha dado una cita, ¡una cita! ¡oh, qué dichal!

—Pero ¿quién es ella?

—Ya te lo diré. Sí, me ama, me lo ha dicho, y con las lágrimas en los ojos. Soy feliz! ¡soy feliz!

Y mi amigo me apretaba la mano, y brincaba como un niño, y... hacia todo lo que hace un enamorado.

Así anduvimos un gran rato, hasta que encontramos á nuestro militar, que venia retorciéndose los bigotes y deseando contarnos, solo á nosotros y á nadie mas, el resultado de su expedicion. Entréme, pues, con los dos aventureros en una horchatería, en la cual supe tales cosas, que unas no me atrevo á contar por temor de no describirlas con la gracia que cumple á la naturaleza de ellas, y otras he resuelto dejar para otro día, por altas razones, entre las cuales confieso que no entra por poco mi dulce pereza.

JOSÉ PEYRET Y BOSQUE.



## EL TORERO.



Soy er moso mas cosío  
de corrio ó é capeo;  
nunca er mico é conosío:  
¡venga un bicho é trapío,  
berán la nata é er toreo!

Cuando tiro é la capiya  
y me pongo en er cuarteo  
en la suerte é banderiya,  
soy la ortaba marabiya,  
¡la nata soy der toreo!

Yo á los bicho l'ago er bú,  
y si arrancan, no los beo;  
me roso por su tostú,  
lej ablo y lej igo ¡jú!  
¡Soy la nata der torco!

Los yamo á capa tendia,  
empues tambien los gayeo,  
y con capa recojia,  
y á la nabarra en seguía.  
¡La nata soy der torco!

¡Po¡ aora quico verte!  
Me boy ar bicho sin mico,  
porque y'an tocao á la muerte,  
y paro pies en la suerte.  
¡Si soy la nata é er torco!

Yo me descarso un sapato,  
sin la muleta me queo  
y, sin mueças ni aparato,  
en un santiamen lo mato.  
¡Si soy la nata é er torco!

Si no basta una estocá,  
mientras que se ise un Creo,  
con la punta é la espá  
lo sé con grasia troná.  
¡Si soy la nata é er torco!

Con capiya y sin capiya,  
á la nabarra, al gayeo,  
ó poniendo banderiya,  
matando y dando puntiya  
soy la nata é er torco.

JOSÉ SANCHEZ ALBARRAN.



## CIENCIAS SUBMARINAS.

### JEOGRAFIA.

Muchas veces se nos ha ocurrido preguntarnos: ¿el mar ha disminuido de volúmen?

La pregunta podrá parecer escéptica: alguno la creerá impertinente: nosotros la juzgamos razonada. La discusión decidirá.

Si la materia es eterna, si esto se explica por las metamorfosis continuas, en las que jamás se pierde, y si los mares interiores y aun el Océano ofrecen variantes en sus respectivas costas, descubriéndose cúpulas y torres, ocultándose pueblos y ciudades, queda probado que la pregunta está en su lugar.

Alejandro se bañó hoy en el mar; Damietta, la mazmorra de San Luis, en 1249 era besada por las ondas del Mediterráneo, en el día se halla á una distancia considerable..... Pero esto nos distrae; mas bien, nos aleja: vengamos al objeto de la pregunta.

Ya en tiempos de Plinio el mar se retiraba de la costa meridional de España, excepto del cabo de Gata, lo que el buen naturalista atribuía al excesivo número de minas que en su territorio se explotaban y cuyos vaciaderos, arrastrados por las lluvias, aumentaban la superficie de la península.

El café de las Cuatro Naciones se llama también isla de Riaran, y en la pleamar quedaba, no hace muchos años, rodeada de aguas. En este tiempo no se explotaban minas en España en número tal que Plinio volviese á creer en su teoría.

¿Por qué, pues, hemos podido pisar con pie enjuto el paraje de nuestro puerto en donde anclaron la real Trinidad y el Glorioso?

Á no dudarlo consiste en que la eclíptica acabará por ser paralela al ecuador.

Esto explica por qué pagan los buques tan enorme derecho de limpia.

El mar no ha disminuido de volúmen.

Muelle de Málaga, cerca de la Cuarentena, á media braza debajo del agua.

GLAUCO.

Málaga: Imp. del editor, D. Antonio Benigno Cabrera, calle de Granada, n.º 74.

# EL RUBÍ.

PERIÓDICO TRISTI-ALEGRE,

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

Este periódico se publica los días 15 y 30 de cada mes.  
La redacción se halla establecida en la COMISION JENERAL DE LIBRERIA, calle de Granada, número 74.

PRECIOS DE SUSCRICION. En esta ciudad, **tres reales al mes**; pero no se admiten suscripciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, **doce reales por tres meses**, franco el porte.

No será atendida ninguna reclamacion que no se haga en carta franqueada.

## ASESINATO DEL JENERAL KLEBER.



A toma de Alejandría fué la escena primera del gran drama de la conquista de Egipto por Bonaparte, y la muerte de Kleber puede considerarse como el desenlace. Este último episodio encierra tanto interés, y por otra parte es tan poco conocido en España, que no tememos darle cabida en nuestro periódico, pues aun aquellos para quienes nada nuevo reframos, estamos seguros de que le recordarán sin hastío.

En el mes de agosto de 1799 encargó Napoleon á Kleber el mando del ejército de Egipto, y desde luego empezó á distinguirse el nuevo jeneral en jefe por prodijios de valor y por la prudencia y tino con que dic-

taba todas sus órdenes. La victoria de Heliópolis renovó las maravillas de las batallas de las Pirámides, Monte Thabor y Abukír. El gran visir Jusuf, vencido en Heliópolis cuando acababa de librarse de los peligros del desierto, volvió á Siria con el corazón henchido de vergüenza y de rabia, y se apresuró á publicar escritos en que Kleber era acusado de hombre sin fé y destructor de las religiones, en los que invitaba en nombre de Mahoma y del Coran á todos los buenos musulmanes á que tomasen parte en el *combate sagrado*, recordándoles que eternas recompensas esperan á todo el que degüella á un infiel, y ofreciendo además su proteccion y grandes mercedes al que privase de la vida al jefe de los cristianos en Egipto. El deseo del ministro se realizó.

Haciase notable en Jerusalem por su grande devocion un tal Soleyman-el-Halebi, jóven de veinticuatro años: la ecsaltacion religiosa se habia apoderado de su mente, y era uno de esos muchos fanáticos que abundan entre los sectarios de Mahoma. No dudó un momento en sacrificarse: recibió un puñal de manos de los agentes del gran visir, treinta piezas de plata y un dromedario, y se puso en camino para el Cairo.

Llegado á esta capital, Soleyman se preparó al *combate sagrado* con rezos y ayunos. Seguia por todas partes á su víctima, y procuró familiarizarse con las localidades del cuartel jeneral.

Despues de haber pasado Kleber una revista en la isla de Rudah el 14 de junio de 1800, entró en el Cairo y fué á pedirle de almorzar al jeneral Damas, jefe de estado mayor. Varios oficiales superiores y algunos miembros del Instituto y jefes de administracion asistieron al banquete, durante el cual estuvo el jeneral en jefe muy alegre. Luego que se levantaron de la mesa los convidados, llamó aparte Kleber al arquitecto Protain y le propuso ir al cuartel jeneral, á fin de que se pusiesen de acuerdo para algunas obras que era necesario se hiciesen en él. Las casas de los dos jenerales estaban con-

tiguas, y al atravesar Kleber la galería que separaba los dos edificios, un hombre bastante mal vestido, aprovechando un momento en que el arquitecto se hallaba á alguna distancia, se acercó al jeneral en jefe y se hincó de rodillas ante él, deseando al parecer hacerle alguna súplica ó presentarle algun memorial. Kleber, compadecido del miserable aspecto de aquel desconocido, se bajó para hacerle levantar; pero en este instante sacó Soleyman un puñal y atravesó con él el pecho del caudillo, que cayó al suelo, exclamando: «Me han asesinado!»

Protain corrió y sujetó al asesino, dando voces para que acudieran á prenderle; pero el fanático musulman le da seis puñaladas, se aprocsima al jeneral, le causa otras tres heridas, y en seguida huye.

Cuando los convidados al almuerzo, reunidos todavía en casa del jefe de estado mayor, llegaron al lugar de la catástrofe, aun respiraba Kleber; pero en vano se le prodigaron todos los socorros del arte: ni una sola palabra pudo pronunciar, y el ejército de Egipto perdió al vencedor de Heliópolis. Habia nacido en Straburgo en el año de 1754.

Furiosos los soldados, quisieron saquear el Cairo y pasar á cuchillo á todos sus habitantes; pero los jefes lograron contenerles, aunque no sin gran trabajo.

Entretanto el asesino estaba oculto; pero habiendo el arquitecto Protain dado sus señas luego que recobró el uso de sus sentidos, se le descubrió en el jardin del cuartel jeneral, escondido debajo de un nogal muy frondoso, cuyas ramas bajaban hasta la tierra.

Soleyman negó el crimen, y fué necesario apalearle, siguiendo el uso de Oriente, para hacérsele confesar. Las revelaciones del asesino hicieron conocer las instigaciones del gran visir y la complicidad de los ulemas de la mezquita de El-Hesar. Tres de estos fueron sentenciados á ser decapitados, y en cuanto á Soley-

man, la comision militar ordenó que se le quemase la mano derecha, se le empalase despues, y que permaneciese su cuerpo enclavado en el instrumento del suplicio, para ser pasto de las aves de rapiña. La ejecucion se fijó para el mismo dia que las ecsequias de Kleber.

Desde que este dejó de ecsistir, el cañon resonaba de media en media hora. La solemnidad de los funerales tuvo lugar el 17 de junio. El convoy fúnebre recorrió las principales calles del Cairo acompañado del estampido del cañon y las descargas de la fusileria, avanzando hácia el campo fortificado conocido por el nombre de Ibrahim-Bey; y allí el secretario del Instituto de Ejipto, el ilustre Fourier, colocado en un bastion, desde donde dominaba las tropas, formadas en batalla, pronunció el elojio fúnebre de Kleber.

El acompañamiento volvió á ponerse en marcha luego que terminó el necrológico discurso, y se dirigió hácia la esplanada del Instituto, en donde Soleyman y sus cómplices iban á purgar su crimen. El jóven sirio caminaba con paso firme y tranquilo aspecto, reprendiendo á sus compañeros de infortunio el que diesen muestras de debilidad en presencia de infieles. No decayó su ánimo ni un solo instante; y únicamente en el calabozo vertió algunas lágrimas cuando le recordaron á su familia.

Los tres ulemas fueron decapitados primero, y luego colocaron la diestra de Soleyman en un brasero ardiente: el fuego devoró su carne sin lograr arrancarle un solo grito. Con igual firmeza soportó los intolerables dolores del segundo suplicio: apenas se descompusieron sus facciones, y cuando el palo, clavado en tierra perpendicularmente, le elevó sobre las cabezas de la multitud, paseó una mirada serena á su alrededor y pronunció con voz sonora la profesion de fe de los musulmanes: «No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.»

Soleyman vivió en el palo cerca de cuatro horas.— Varias veces pidió de beber; pero los ejecutores se opusieron á que se satisficase su deseo, porque decian que cualquier líquido que tragase detendria en el acto las pulsaciones de su corazon. Sin embargo, luego que se retiraron, uno de los centinelas franceses, cediendo á la piedad, presentó al desgraciado un poco de agua en un vaso, que ató á la bayoneta de su fusil. Apenas Soleyman bebió, quedó cadáver.

C.

## UN RECUERDO

á mi malograda amiga, la Sra. D.<sup>a</sup> Dolores Vis-  
do de Peyret.

Antes que el tiempo en la rejion sombría  
del negro olvido arroje tu memoria,  
quiero cantarte aun, amiga mia,  
y al tierno esposo que por tí vivia  
ofrecerle esta página mortuoria.

Y al menos, ya que el mundo despiadado  
ve con frio desde su acerbo duelo,  
podrá encontrar un bienhechor consuelo  
sus lágrimas conmigo al derramar;  
que los hombres que piensan y que aman  
hallan alivio á su fatal quebranto  
al alzar de la tumba el negro manto  
y en su cóncavo hueco al meditar.

Yo haré que fije los nublados ojos  
sobre tu losa amarillenta y fria,  
y le hablaré del venturoso dia  
en que unió vuestras almas el amor;  
y haré que goce en ilusion risueña  
aquellas dulces horas de ventura,  
en que admirando tu sonrisa pura  
hirvió su sangre en juvenil ardor.

Tu sombra en tanto vendrá  
 mecida en la blanda brisa,  
 y con májica sonrisa  
 de la nada evocará

Los dulces goces de la edad pasada,  
 del tierno amor los lánguidos suspiros,  
 de himeneo la antorcha regalada,  
 la voz de los hijuelos infantil,  
 el bienestar, la calma y el reposo  
 del doméstico hogar, las ilusiones  
 de un anhelado porvenir glorioso,  
 flores hermosas del pintado abril.....

Y él, que es amante y poeta,  
 en tan alegre vision  
 fijará la mente inquieta,  
 hasta que voz indiscreta  
 le arrebate su ilusion.

Entonces recordará  
 lo horroroso de su suerte;  
 su aislamiento mirará,  
 y quizás invocará  
 el auxilio de la muerte.....

Pero sus duelos prolijos  
 han de endulzarle los hijos  
 que le dejaste al morir.....  
 y el pensar que eres dichosa,  
 pues de paz eterna goza  
 el que deja de existir.

N. CAMILO JOVER.

Alicante 31 de diciembre de 1845.



## LOS DOS PLANTADORES.

### I.

#### Los dados.

Hará unos diez y siete años que dos jóvenes naturales de uno de los estados meridionales de la Union-Americana abandonaron su patria y fueron á establecerse en Tejas, nuevamente constituida en república; llamábanse Rivers y Savidge, y eran con corta diferencia de la misma edad. Una tierna intimidad los habia unido desde su infancia, y despues de haber disfrutado de los mismos juegos y compartido los mismos trabajos, sin que nunca el menor disgusto se hubiese interpuesto entre ellos, acababan de asociarse con el objeto de intentar una empresa de la mas alta importancia para ambos. Compraron mancomunadamente un terreno de bastante estension no lejos del rio Guadalupe, construyeron en él una casa, le desmontaron, y cultivando su propiedad, vivian juntos como hermanos. Llenos de confianza en su larga amistad, se contentaron con estipular que si alguno de ellos deseara mas adelante romper la asociacion para irse á habitar á otro paraje, no podria vender su parte á un extraño, sinó que deberia cedérsela á su compañero por un precio módico, que este se hallase en disposicion de poder pagarlo.

Tres años á lo mas habian transcurrido, y ya un establecimiento floreciente, una plantacion fértil, testificaban elocuentemente su actividad, probando los triunfos que la intelijencia ayudada de un capital pequeño puede obtener sobre la naturaleza. Nuestros dos plantadores poseian diez esclavos; pero estos podian afirmar que su esclavitud era solo en el nombre, puesto que sus dueños les trataban con dulzura y bondad, no cesijendo jamás de ellos trabajos superiores á sus fuerzas.

Era el mes de agosto de 1831, y los negros habian suspendido su faena en el campo para pasar á la sombra las horas mas ardientes del dia. La azada se habia quedado en la tierra, el azadon en el surco, y las plantas se inclinaban heridas por un sol casi vertical. Sentados en un aposento espacioso, cuyas puertas y ventanas estaban abiertas de par en par, Rivers y Savidge conversaban con calor; pero sin acritud: ambos se hallaban vestidos con telas ligeras, y á sus pies se veian dos sombreros de paja de anchas alas, tejidos en Nueva-Cartajena ó en Panamá. Encima de una mesa, colocada delante de ellos, estaban una botella de vino de Burdeos, un frasco del famoso aguardiente de Monongacla y algunos de esos

deliciosos melones, cuya frescura es tan grata á los paladares de los habitantes de los países tropicales.

—Bien mirado, Savidge, dijo Rivers, llenando su vaso, no veo medio de zanjar la dificultad: igual derecho tenemos uno y otro, somos igualmente independientes, igualmente dueños de disponer de nuestro corazón y de nuestra vida; nuestros bienes son los mismos; ambos queremos unirnos á la misma mujer, ambos la amamos demasiado para renunciar á ella... La posición es terrible, y no puede haber entre nosotros ningún arreglo.

—Esto no puede continuar como hasta aquí, añadió Savidge, y urge mucho que tomemos un partido. Si las jóvenes casaderas no escaseasen tanto en Tejas, ya fuera mas fácil resolver.

—Oh! lo que es yo, repuso Rivers, á quien necesito es á Isabel, y ella y no otra ninguna será mi esposa.

—Si puedes conseguirla.

—Dices bien: si puedo conseguirla. Pero ¿sabes lo que haré si no me caso con ella? Enviaré á Tejas al diablo, y me apresuraré á partir para Kentucky.

—Qué disparate! replicó Savidge. No pienses en hacer semejante locura. Antes de morir se nos presentará la ocasión de cambiar algunas balas con Santa-Ana; marcharemos á Méjico, allí encontrarás tantas hermosas españolas como doblones, escojerás la que mas te agrade, te la traerás aquí, comprarás tierras alrededor de nuestra plantación y viviremos como buenos vecinos, tu con tu mejicana y yo con Isabel.

—Te repito, gritó Rivers con aspereza, que no renunciaré á ella, á menos que se niegue á casarse conmigo.

—Pues ni yo tampoco, añadió su amigo en el mismo tono: tengo entendido.

Ambos permanecieron durante algunos instantes mudos y pensativos, sirviéndose maquinalmente en sus platos tajadas de melon y llevando de vez en cuando los vasos á los labios, como para probarse mutuamente que no eran del todo autómatas. Rivers fué el primero que rompió el silencio.

—Suceda lo que suceda, dijo, es preciso que continuemos abandonándonos al destino. Nos conocemos toda nuestra vida, y sabemos que ninguno de los dos somos capaces de recurrir á medios innobles para suplantarnos el uno al otro: que cada uno dirija su barca lo mejor que sepa. é Isabel decidirá, pues ella sola debe ser juez en esta causa, y ella sabrá recompensar al que mejor la merezca.

Debemos decir aquí á nuestros lectores que Rivers era un joven de mediana estatura, ágil y robusto, de cabellos de ébano y de rostro varonil y agraciado. Su amigo, mucho mas alto que él, tenía las facciones menos regulares, aunque bastante agradables, y sus gran-

dos ojos negros daban una estraña expresion á su cara, algo afeminada, y contrastaban con sus cabellos rubios y su barba, mas rubia todavía.

Savidge no contestó en algunos segundos; mas luego exclamó de pronto:

—Vamos, está visto que los dos somos unos necios.

—Es esa tu opinion? le preguntó tranquilamente Rivers.

—Si por cierto. Digo, repito, y lo juraria si necesario fuese, que hemos perdido la cabeza. Cómo! dos amigos, que han sido hasta ahora uña y carne; dos amigos, que han vivido constantemente juntos hasta la edad de veintisiete años sin que ni un asomo de disgusto haya turbado su cariño; dos amigos como nosotros, en una palabra, irán á reñir, á separarse, á declararse la guerra por una mujer?

—Pero una mujer, contestó Rivers con fuego, puede ser para el hombre objeto de mayor interés que cualquiera otra cosa del mundo: una mujer puede ser mas necesaria á su vida que el pan que le alimenta y el aire que respira. Tal es al menos mi opinion, y declaro que una mujer no es seguramente una causa fútil de rivalidad. Yo puedo afirmar por mi parte que daría de buena voluntad cuanto poseo por que nuestras contestaciones versasen sobre cualquier otro objeto.

—Y tienes razon, dijo Savidge; pero seriamos mas que locos si nos obstinásemos en disputarnos á Isabel, en oponernos el uno á los deseos del otro, como dos enemigos: ¿quien sabe si no acabariamos por serlo verdaderamente.?

—No es eso fácil, replicó Rivers con frialdad.

—Pero si posible, añadió su compañero. Muchas veces se ha vertido sangre tan buena como la nuestra por disensiones que en un principio eran mil veces menos serias que la que hoy nos separa: yo he visto, y otros muchos lo han visto tambien, terminar de ese modo amistades muy estrechas. Nada temo al presente; pero el porvenir me aterra, y por consiguiente deseo que sin pérdida de tiempo se ponga remedio al mal, terminando para siempre nuestra reyerta.

—Yo lo deseo igualmente; ¿pero quién nos pondrá de acuerdo?

—Tu y yo.

—De qué manera?

—Acepta la proposicion que voy á hacerte, y antes de un cuarto de hora no existirá rivalidad entre los dos.

—Explicatelo; mas no vayas á hablarme de plomo ó de acero.... La idea de un duelo entre nosotros me horroriza.

—Antes de llegar á ese extremo preferiria sacrificarte mi amor.

—Cuyo sacrificio no aceptaria yo... No quiero recibir lo que no puedo dar.

—Escucha lo que tengo que proponerte: soy de opinion que antes de apartarnos de esta mesa hagamos que la suerte arregle nuestra desavenencia; es decir, que juguemos á los dados nuestra

felicidad despues de habernos dado palabra de honor de que el que pierda abandonará para siempre toda pretension á la mano de Isabel y dejará el campo libre á su rival, á no ser, sin embargo, fija en esto la atencion, á no ser, repito, que ella misma rechaze positiva y terminantemente la mano del que gane, en cuyo caso quedará el primero absuelto de su compromiso con el segundo, despues que este se dé por vencido.

—Imposible! exclamó Rivers, no puedo consentir....

—Prefieres el que nos degollemos el uno al otro? preguntó Savidge.

—Es verdad! ¿es verdad! añadió Rivers con voz ahogada y lastimera. Bien considerado, si yo pierdo, sé lo que me resta hacer. Acepto tu proposicion... Démónos prisa á concluir.

Un cubilete y dos dados estuvieron muy pronto encima de la mesa.

—Cada uno echará tres veces los dados, dijo Savidge, y el punto mas alto ganará.

—Corriente, respondió su compañero; pero antes de empezar arreglemos del todo este asunto. Si la suerte me es desfavorable, estoy resuelto á dejar la comarca acto continuo; pero como para esto tendré que venderte mi parte de la plantacion, y como no estaré para ocuparme de negocios pecuniarios, prefiero que los dados decidan tambien quien ha de quedar solo poseedor de nuestras tierras. ¿Te conviene esto?

—Consiento en ello, respondió Savidge; mas con la condicion de que el que pierda conservará sus derechos á la mitad de la cosecha de este año, podrá continuar viviendo aqui diez meses mas, y gozará durante este espacio de tiempo las mismas ventajas que hasta aquí.

—Convenido.

—Pues manos á la obra.

Tocóle á Savidge ser el primero en echar los dados: tomó el cubilete, volcóle sobre la mesa, y vió que su mano había sido dichosa, pues contó doce puntos: repitió en seguida la misma operacion, y sacó dos seises tambien.

—Isabel es mia! gritó con acento de triunfo: otra tercer tirada tan feliz como estas, y nada temo.

Púsose pálido Rivers, y de un solo trago apuró el contenido de un vaso grande, que había llenado de aguardiente hasta la mitad.

—Date prisa á acabar, dijo, pues estoy fuera de mí.

Savidge meneó tercera vez los dados, los arrojó en seguida, y apareció uno de ellos por la cara del dos y el otro por la del blanco. Una sonrisa convulsiva desfiguró la boca de Rivers, y sus ojos brillaron de una manera singular. Arrancó el cubilete de manos de su compañero, permaneció un instante con la cabeza levantada hácia el cielo, como si hubiese sentido que su valor le abandonaba, y luego tiró las piezas.

—Cinco y cuatro, gritó.

La segunda vez logró sacar dos seises.

—Tengo veintiuna por veintiseis, dijo, y aun me falta una tirada.

Al ver su rostro encendido y bañado en sudor hubiérase dicho que acababa de dar al sol una larga carrera. Behióse otro vaso de aguardiente, mientras que su compañero, tan mudo como un cadáver, desgarraba con los dientes una cáscara de melon y tenia clavados los ojos en el paraje donde habian caido los dados. Después de enjugarse la frente ajitó Rivers el cubilete, y su trémula mano le volcó en seguida. La suerte acabada de decidir...

—Seis y tres! exclamó con voz penetrante: **¡he ganado!....**

Y se dejó caer pesadamente en la silla.

Siguióse un silencio de algunos minutos, durante el cual los dos jóvenes, inmóviles, anonadados y mas semejantes á estatuas que á hombres, ni siquiera trocaron una mirada. Tal vez se preguntaban ambos si su amistad habia ganado alguna cosa en aquella decision de los dados, *que debia para siempre ponerlos de acuerdo*, y si eran verdaderamente mas amigos que lo habrian sido sin semejantes medianeros.

En fin, Savidge se levantó maquinalmente, y dijo con voz seca:

—No está aun todo concluido: veamos ahora quien queda dueño de la plantacion.

—No fuera mejor para eso que esperásemos á otro momento? preguntó Rivers con timidez.

—Has olvidado ya lo convenido? gritó Savidge, ¿dudarás ahora en dar cumplimiento á lo que tú mismo propusiste? Ya supongo que habrás quedado satisfecho y querrás dejar las cosas en el mismo estado en que se encuentran... pero yo quiero el desquite: mientras mas amigos, cuentas mas claras, como dice el refran.

—Sea como quieres, contestó Rivers, pues tienes derecho para ccsjirlo.

Y tomando el cubilete, sacó tres y blanco. Savidge echó un cuatro y un as, y su rostro tomó inmediatamente la espresion del júbilo.

—Estamos pagados, dijo: tuya es la joven y mia la plantacion. Pero supongo que no habrás olvidado una de las cláusulas de nuestro convenio. ¿Qué dirias tu, Rivers, si ahora, que nada posees, se negase Isabel á darte su mano? Entonces me llegaria la vez de aparecer en el horizonte, y á fé mia, querido, que podria suceder muy bien que ganase la mujer como he ganado la hacienda.

Los celos pusieron encendidas las mejillas de Rivers, y á un observador le hubiera sido fácil conocer que espresaban sus palabras mas confianza de la que realmente sentia su corazon cuando repuso:

—Tengo demasiada fé en Isabel para creerla ni un solo instante capaz de tanta bajeza.

—La fe proclama milagros fácilmente, replicó Savidge; pero muchos mentis suele recibir.

## II.

### Isabel.

A dos ó tres millas de la plantacion de Rivers y Savidge, y en la opuesta orilla del rio Guadalupe, se hallaba una casa de bastante estension, en la que habia residido un tal Nicolás Lamar, descendiente de una de las antiguas familias españolas establecidas en Méjico antes de su separación de la España. En la época en que sucede nuestra historia habia ya bastantes años que Lamar cesó de vivir, y salvo los recuerdos que de él existian en los corazones de su viuda y su hija Isabel, la bella criolla, como la llamaban jeneralmente, nada quedaba que señalase su paso por la tierra, á no ser un rústico sepulcro de madera, construido en el jardín, en el que fué enterrado, segun la costumbre de los colonos de la frontera. Algunos árboles de la China, cuyas ramas inclinadas ofrecen un aspecto lúgubre, como las de nuestros sauces llorones, habian sido plantados alrededor de su última morada, y á pocos pasos de la tumba se veía un banco campestre, formado con raices y ramas, en el cual la viuda y su hija pasaban por lo comun las horas mas ardoras del dia. La casa y sus dependencias eran conocidas con el nombre de la Barca en razon á que Lamar tenía una lancha, con la que pasaba de una á otra orilla del rio á los viajeros que lo deseaban.

Con motivo de una excursion que hicieron Rivers y Savidge á las praderas del Oeste, se detuvieron en la Barca algunas horas, y habiendo visto allí á la bella criolla, ambos se enamoraron de ella perdidamente. Despues de esta primer entrevista, uno y otro volvieron con frecuencia á la casa de la viuda: ya eran algunos asuntos urgentes, ya la casualidad ó cualquier otro motivo lo que les hacia atravesar el rio; pero, cosa rara, ninguno de ellos tuvo nunca necesidad de servirse de la lancha sinó cuando su amigo no le acompañaba.

Hasta el dia en que empieza nuestra historia no habian pronunciado nuestros jóvenes palabra alguna que pudiese ser considerada como una esplicita declaracion de amor; pero las mujeres no necesitan títulos de propiedad para saber lo que les pertenece; é Isabel sabia muy bien á que atribuir las visitas de los dos amigos.

El mismo dia en que tuvieron lugar los sucesos que dejamos referidos, Rivers montó á caballo á la caída de la tarde, se dirigió á la Barca, y pasó algunas horas debajo de aquel techo, mucho mas querido para él que el que por la mañana era suyo aun;

pero que ya no le pertenecía. Sin embargo, nada dijo de esto y, lo que es mas, ni aun pensó en ello: el porvenir estaba abierto delante de él, y tenia mas probabilidad que nunca de conquistar el mas precioso tesoro del mundo.

Dos meses trascurrieron, y durante este tiempo declaró su amor y fué aceptado. Savidge, respetando lo convenido, ni siquiera atravesó una sola vez el rio en este intermedio; mas los celos y la desesperacion habian cambiado totalmente su carácter: mostrábase iracundo y taciturno, y huía de todos los que le rodeaban. Segun le manifestó á Rivers, habia abrigado la esperanza de que no dando oidos Isabel al amor de su amigo, rompería de este modo sus compromisos con él; pero como diariamente recibia pruebas de su error, la certeza de su desgracia le desesperaba mas y mas, y la pérdida de su ilusion le dejaba á merced de sus pasiones, como un buque sin timon lo está á la de las olas. Por la primera vez de su vida se preguntaba entonces á sí mismo que cosa era el honor, que tanto ruido metia en el mundo: ¿era efectivamente la voz de la conciencia, ó solo una ficcion arbitraria, inventada por los hábiles para imponer á los necios? ¿Quien sondeará jamás los abismos del corazon humano? Hasta entonces habia obedecido Sabidge á los preceptos de la mas estricta delicadeza: si no hubiese conocido á Isabel, ó si hubiera sido amado de ella, indudablemente habria alcanzado puro y sin mancha al término de su vida; pero ahora, dominado por la influencia de una idea fija, todos sus nobles sentimientos parecian haberse desvanecido como el humo, y poco á poco llegó á habituarse á abrigar pensamientos que dias antes habria desechado con horror: el demonio tomó posesion de su cuerpo y vivia familiarmente con él.

Sospechando lo que pasaba en el corazon de su amigo, Rivers quiso abandonar la casa, para evitar de este modo una lucha abierta, ó tal vez peligros ocultos. Sin embargo, aunque tenia la suficiente esperiencia para saber hasta que estremo arrastra la pasion á los hombres, sobre todo cuando se vive en un desierto y se carece de distracciones, el afecto y la estimacion que le habian inspirado durante tantos años el carácter de Savidge le hicieron casi avergonzarse de sus sospechas y combatieron largo tiempo en su pecho con el deseo de poner en práctica una separacion tan vergonzosa para su compañero.

Mientras que era presa de esta incertidumbre, un suceso, que estaba muy lejos de esperar, le hizo conocer la necesidad que tenia de poner término sin pérdida de tiempo á una posicion que ya no podia erer ecesenta de peligro. Habiendo ido una mañana á cazar á la pradera, ocurrióle el pensamiento, sin saber porque, de meter la baqueta en el cañon de su arma. á pesar de que

él mismo le cargó el día antes, y vió con horror que habían introducido en él una gran cantidad de pólvora: por consiguiente, si hubiese hecho fuego, indudablemente se habría reventado. Un estremecimiento glacial recorrió todos sus miembros, y al mismo tiempo le decía una voz secreta que su amigo era el autor de semejante felonía. Sin embargo, no volvió á la plantacion hasta la hora que tenia de costumbre, y á nadie participó su descubrimiento.

—Has matado algo? le preguntó Savidge, sentándose frente á él, para almorzar.

—Mi primer tiro no hubiera dejado de *causar efecto*, respondió Rivers; pero no *salió*.

—Eso es muy comun, añadió su compañero con voz trémula.

El amante favorecido de Isabel notó su turbacion y la palidez de su rostro; mas guardó silencio.

Luego que terminó el desayuno, montó á caballo Rivers y se dirigió á la Barca. Por el camino fué pensando en que ya era tiempo de participar á su amada lo que hasta entonces no habia osado comunicarle, y resolvió hacerlo así; pero al llegar á la casa de la viuda, encontró á la jóven tan alegre, tan contenta, tan poco preparada á escuchar tristes noticias, que de hora en hora fué retardando el cumplir con el penoso deber que se habia impuesto, y llegó la noche sin hacer lo que se propuso.

Despues de cenar, y cuando ya la luna alumbraba las flores y los árboles del jardín, los dos amantes fueron á sentarse en el banco rústico cercano al sepulcro. Solo con el que amaba y en medio de la tranquilidad y del silencio de la noche, la jóven criolla estaba seria y pensativa, aunque tal vez era mas feliz en aquel momento que en los anteriores.

—Isabel, le dijo Rivers, antes de separarme de V. tengo que participarle cosas muy tristes.

—Como! exclamó la criolla, entremeciéndose, ¿le ha sucedido á V. alguna desgracia?... Hable V... Bien sabia yo que no acabaria el día de hoy sin que experimentase algun pesar, pues he estado antes muy alegre.

—Me veo forzado á dejar al instante este pais y volver á mi patria.

—Qué oigo! dijo Isabel, retirando apresuradamente una de sus manos, que el amante apretaba entre las suyas. ¿Qué causa tiene V. para ausentarse tan de repente? Preciso es que esa resolucion sea nacida hoy mismo, pues nada me dijo V. ayer de semejante cosa.

—No he tenido valor para ello antes de ahora. Era tan feliz, que para decidirme á hablar he esperado á cuando ya no podia pasar por otro punto... Además, he temido aflijir á V.

—Le suplico á V. que se esplique, que no me tenga en esta an-

siedad... Ay! ¡era yo demasiado dichosa para que lo fuera largo tiempo!

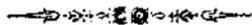
El abatimiento y la trémula voz de la jóven, mas elocuentes aun que sus palabras, descubrieron á Rivers lo muy amado que era.

—Isabel, repuso, no dudo que me hará V. la justicia de creer que mi amor es sincero, franco y leal, como debe serlo el de un hombre honrado.

Los ojos de la jóven se bañaron en lágrimas.

—Seré siempre fiel á los principios que me han guiado, añadió el amante; no quiero ocultarle á V. nada, no quiero engañarla en lo mas mínimo.

Acto continuo contó Rivers á la bella aflijida cuanto le habia ocurrido con su amigo, afirmándola que estaba resuelto á quitarse la vida si los dados le hubiesen sido fatales, y que esto le hizo consentir en que la suerte decidiese quien de ellos quedaria dueño absoluto de la plantacion, concluyendo por referir las sospechas que le inspiraban los celos de Savidge y la circunstancia que le obligaba á ausentarse sin demora. Disponiase en seguida á pedir á su amada la repuesta que debia decidir de su felicidad y de su porvenir, cuando se detuvo de pronto al escuchar distintamente moverse detrás de él las ramas de un grupo de arbustos. Isabel se estremeció; pero acostumbrada, por decirlo así, á vivir en medio de las fieras de los bosques, no se abandonó al terror que nuestras tímidas y nerviosas beldades hubiesen sentido sin duda en un caso análogo. En cuanto á Rivers, sacó una pistola, la amartilló, y despues de haber gritado por dos veces *¿quien vá?* sin recibir respuesta, hizo fuego á los arbustos. Casi al mismo tiempo partieron dos detonaciones de estos: una bala pasó á dos dedos del rostro del plantador, y su amada se dejó caer en el banco, ecshalando un grito. Rivers no dudó que estaba herida, y cojiéndola en sus brazos, corrió hácia la casa, felizmente muy poco distante, la depositó en una hamaca, y dejándola confiada á los cuidados de su madre, tomó una escopeta de cuatro tiros que habia traído consigo, y se precipitó de nuevo en el jardín para perseguir al cobarde asesino, dispuesto á inmolarse en el acto á su venganza si conseguia encontrarle. Sin inquietarse por los peligros á que se esponia, hedió todos los bosquecillos y rejistró todos los arbustos; pero sin conseguir su objeto. El culpable, quien quiera que fuese, era evidente que se habia aprovechado de su corta ausencia para fugarse.



---

 EL CONTRABANDISTA HERIDO.
 

---

¡Ya no te berè, Paquiya!  
 Adiò, mi só, mi gachí:  
 dame un abraso, mi groria,  
 qu' á tu lao quico morí.  
 Ya no me dirás: «moreno,  
 cuerpo y arma son pa tí.»  
 Adiò, chiquiya, qu' espicho.  
 ¡Ya los guardas puen bibí!

¡Ay, Paquiya!  
 ¡ay, mi cielo!  
 no hay consuelo  
 pa este má.  
 No me yores,  
 prenda mia,  
 qu' esta bía  
 es mu arrastrá.

Dale mi faja é sea  
 á tu hermano Juan Manué,  
 y dile qu' estoy muriendo  
 sin dejarte é queré.  
 Dale er trabuco y mi jaca,  
 las hotas y er marseyé,  
 er capote, y la naaja  
 con que á balientes maté.

Ben, Paquiya.....  
 Ya no pueo.....  
 no te beo.....  
 ¡que doló!.....  
 ya me roba  
 la agonía,  
 Paca mia,  
 bé tu só.

Estate cerca é mí,  
 porque quico al espichá  
 dejarte toa mi arma  
 en tu boquiya pegá.  
 Adiò, mi chula, mi jembra,  
 armasenito é sá:  
 ya los soles é tu cara  
 no me podrán alumbrá.  
 Si otro jombæ  
 en este mundo.....  
 ¡ay! ¡me jundo!  
 que tu amó,  
 que t' acuerdes.....  
 Mas no pueo.....  
 no..... te..... beo.....  
 ¡Paca..... adiò!

JOSÉ SANCHEZ ALBARRAN.

---

 ADVERTENCIA.
 

---

Como el presente número es en el que debió incluirse la **malhadada** CRÓNICA DE SEMANA SANTA, que por su mucha estension no dejaba lugar á insertar las diez y seis pájinas de la novela de LOS CABALLEROS DEL FIRMAMENTO, aunque ya no se puede publicar aquella, tampoco es posible dar cabida á esta, por no dejar imperfecta la pajinacion.

---

Málaga: Imp. de D. Antonio Benigno Cabrera, calle de Granada, núm. 74.